

De aquí nace qué todos los maestros de la vida espiritual, así en las religiones como fuera dellas, el primer ejercicio que enseñan á los que comienzan á mudar la vida (después de sus confesiones generales y ejercicios de compuncion y penitencia), es imponerlos en el estudio desta sancta meditacion (conforme á lo que Sant Bernardo (e) escribe á los religiosos del Monte de Dios), porque aquí hallarán copiosa materia de lágrimas y compuncion por sus pecados, considerando que ellos fueron los verdugos que tan cruelmente maltrataron á su Señor.

Por esta via pues comienzan los principiantes. Mas los que están ya en esto ejercitados tienen aquí otros motivos mas acomodados á su estado y aprovechamiento: como son, hacimiento de gracias por este tan grande beneficio, imitacion de las virtudes de Cristo (que en el misterio de la sagrada Pasion mas que en otra parte resplandescen), acrecentamiento de amor por los grandes motivos que en ella para esto tienen, y admiracion de aquella inmensa bondad y caridad de Dios, que por este medio quiso remediar al hombre, y tambien de la sabiduría y consejo divino, que por tan proporcionado y conveniente medio lo remedió; porque para todas estas cosas y otras muchas tenemos argumentos y motivos grandes en la sagrada Pasion. Y no es esto de maravillar, que pues aquel manná que envió Dios en el desierto (f) tenía todos los sabores que deseaba el que lo comia, ¿qué mucho es tener todas estas virtudes y facultades el Señor figurado por aquel manná? En lo cual se ve que chicos y grandes, altos y bajos, perfectos y imperfectos tienen cada cual su manjar proporcionado en este sagrado árbol.

Los filósofos mas sabios entendieron que la felicidad del hombre consistía en la contemplacion de las perfecciones divinas, y estas rastreaban por el conocimiento y orden de las criaturas. Mas para alcanzar la perfecta inteligencia desta orden, era menester estudio de toda la filosofia, y de muchos años, y con todo esto apenas se conocía del Criador mas que su sabiduría y omnipotencia; pues muchos hubo que negaron la providencia y cuidado paternal que tiene de las cosas humanas (que es lo que mas nos importaba saber), como arriba declaramos.

Por tanto plugo á la divina bondad en lugar del libro de las criaturas (donde no pueden leer sino los grandes filósofos) darnos en la vida y muerte de su Hijo un libro de sabiduría tan copioso y tan claro, que la vejecia y el rústico labrador sin letras puedan conocer tanta parte de las perfecciones divinas: esto es, de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la justicia, de la providencia y del amor que este Señor tiene á los buenos, y aborrecimiento á los malos, y á su maldad, que es fundamento de toda la filosofia cristiana. Para lo cual ni se requieren letras, ni sutileza de entendimiento, ni muchos años de estudio; mas antes las personas mas simples, y que menos discursos tienen de entendimiento, son á veces mas hábiles para este sancto ejercicio; el cual mas requiere una piadosa afeccion y sentimiento de la voluntad, que subtiles discursos del entendimiento, que á veces secan la voluntad; porque cuanto mas la virtud del ánima se reparte y desagua por un camino, tanto menos caudal le queda para repartir por otro.

Démos pues otra y otras muchas veces gracias á aquel

(e) Ad Frat. de Monte Dei, in med. (f) Sap. 16.

soberano Señor, que por este medio nos proveyó de la filosofia deste misterio, en el cual, demas de los otros frutos hasta aquí referidos, hallamos con tanta facilidad, no solo clarísimos argumentos para conocer aquellas perfecciones divinas que arriba dijimos, sino mucho mas grandes motivos y despertadores de compuncion, de agradecimiento, de amor, de admiracion, de devocion y compasion. Porque como en la historia de la sagrada Pasion haya tantos pasos tan dolorosos, apenas se hallará corazon tan duro que no se entenezca y compadezca de lo que ve padecer á aquel inocentísimo cordero, por nuestra causa. Porque tales y tantas fueron las maneras de tormentos y injurias que él padeció, que no digo yo siendo él quien era, mas si á un público malhechor las viéramos padecer, nos moviéramos á compasion. Y á vueltas deste piadoso afecto y sentimiento, suceden otros no menos saludables y provechosos, de los cuales es este el fundamento y el despertador.

CAPITULO XXII.

Fructo décimosexto del árbol de la Cruz: que es tener por ella qué presentar y alegar en nuestras oraciones y peticiones ante el Señor.

La oracion, como dice Sant Bernardo (a), es hermana y compañera de la meditacion, porque no es razon hallarse la una sin la otra. Cuánto nos sea necesaria esta virtud, y cuán propia sea del cristiano, en otra parte lo escribimos. Pero cuán continuo haya de ser, enséñalo el Salvador, diciendo (b) que conviene siempre orar sin desfallecer. Y enséñalo el Apóstol (c) cuando manda orar sin cesar; y enséñalo tambien David por su ejemplo, cuando dice (d): Mis ojos traigo siempre puestos en el Señor, porque él librára mis piés de los lazos. Las cuales palabras no nos piden continuacion puntual, sino moral: que es aconsejarnos que la oracion sea la mas continua que nos fuere posible.

A esta continuacion nos obligan dos cosas principales, que son por una parte la grandeza de nuestra necesidad, y por otra la largueza de la divina bondad. La necesidad es ser continuamente fatigados con mil maneras de trabajos, y molestados con continuas perturbaciones y tentaciones. Mas la largueza de la bondad de Dios nos convida á orar; porque nunca levantáremos humildemente los ojos á él, que no recibamos algun aliento y refresco de su gracia; pues nadie le pide mercedes, sin alcanzar socorro de su misericordia.

Mas para que nuestras peticiones sean eficaces, han de ir acompañadas con otras virtudes, y señaladamente con fe de alcanzar lo que pedimos. Por lo cual dice el Salvador (e): Cualquiera cosa que pidiéredes en la oracion, creed que la recibiréis, y dáoselos ha. Mas esta tal fe y esperanza ¿quién la tendrá tan firme como aquí se nos pide, sintiéndose los hombres, y mayormente los verdaderos humildes, muy vacíos de merecimientos, y muy cargados de pecados, los cuales son como ponzoña que luego tira al corazon y le hace desmayar? A esto respondemos, que aquí no tratamos con el hombre que está envuelto en sus pecados, y quiere perseverar en ellos; sino con el que los tiene aborrecidos y purgados con el sacramento de la penitencia. Pues este tal en lugar de los méritos que le faltan, acójase á los de nuestro Salvador: el cual nos hizo en su testamento, confirmado

(a) De Sancto Andréa, serm. 1. in fin. et alibi sæpe. (b) Luc. 18. (c) 1. Thes. 5. (d) Psalm. 24. (e) Marc. 11.

con su muerte y con su sangre, herederos de todos sus merecimientos y trabajos, cuanto es de su parte; pues así como vino del cielo á la tierra por nosotros, así todo cuanto en este mundo padeció dende el pesebre hasta la Cruz, fué para nosotros; porque dende el instante de su concepcion estuvo tan rico de bienes de gracia y gloria, como lo está agora en el cielo. Por lo cual, como para sí no tenia necesidad de merecimientos, ni era razon que trabajase y mereciese de balde, aplicó todas estas riquezas de sus merecimientos al remedio del género humano. Aquí se funda la fe y confianza que se requiere para la oracion; siendo ciertos que todo esto es hacienda nuestra que podemos ofrecer y presentar á nuestro Criador, pidiendo mercedes al Padre Eterno por su Hijo, que es nuestro padre, nuestro abogado, nuestro sacerdote y nuestro rey.

Por lo cual, así como el hijo de un padre que hizo grandes servicios á un rey sin haber recibido mercedes por ellos, pide satisfacción como heredero de todo lo que á su padre se debe; así el hombre puede pedir mercedes al Eterno Padre por los méritos y servicios de Cristo; pues él es nuestro Padre, como le llama Esaiás (f), y nuestro segundo Adam, reengendrador de nuestro espíritu, como lo llama Sant Pablo (g). Y así como aquel hijo en la peticion que hiciere, referiria todas las jornadas y servicios de su padre, para obligar mas al rey; así debe el que ora referir todos los caminos del Hijo de Dios, todos sus cansancios, trabajos, vigiliias, oraciones, persecuciones, hambre, sed, frio, calor, pobreza, calumnias, acusaciones, y finalmente todos los tormentos y injurias de su sacratísima Pasion, procediendo dende aquel doloroso sudor de sangre, por todos los otros pasos dolorosos de su Pasion, hasta que espiró en la Cruz. Pues con este tan piadoso discurso no podrá el hombre desmayar, viendo cuán rica ofrenda tiene que ofrecer en su favor, y cuán justos títulos para pedir perdón y misericordia. Y por esta via hará (como dicen) de un camino dos mandados, juntando el ejercicio de la meditacion con el de la oracion, discurriendo devotamente por todos los pasos de la sagrada Pasion, pidiendo por ellos misericordia al comun Señor.

Por esta via tambien cumpliremos otra cosa que Dios en la ley mandaba: conviene á saber, que nunca pareciésemos vacíos delante del (h). Porque presentándole todos los méritos y trabajos de su amantísimo Hijo y Padre nuestro, de los cuales él nos hizo herederos (como ya dijimos), no se podrá decir que parecemos delante del vacíos. Donde conviene avisar que juntamente con los trabajos deste Señor juntemos todo lo que en este mundo hubiéremos hecho ó padecido por él; porque en compañía de aquellos tan grandes merecimientos, y por virtud dellos tendrán precio y valia los nuestros.

En lo cual se ve cuánto mayores ayudas tienen agora nuestras oraciones que las de los padres de la ley; porque ellos por aplacar y pedir mercedes á Dios, ofrecían sangre de animales, mas nosotros ofrecemos la sangre del Hijo de Dios: de modo que ellos tenían la sombra y la figura, mas nosotros la misma verdad. Pues cuanto va de sangre á sangre, y de sacrificio á sacrificio, tanto va de nuestra ofrenda á la suya. Item, ellos en sus peticiones y necesidades alegaban los méritos de aquellos tres sanctos patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob (porque estos alegó Moisés (i) para aplacar á Dios por el pe-

cado del becerro), mas nosotros tenemos que presentar los méritos del unigénito Hijo de Dios, que son de infinito precio y valor. Pues ¿cuánto es mejor nuestra condicion y suerte que la de aquellos? Porque aquellos eran solamente hombres, este era hombre y Dios: aquellos, aunque sanctos, todavía eran pecadores; mas este fué inocente y sin pecado: aquellos, si merecian con sus servicios, merecian para sí, y no para otros; mas este Señor, que de nada tenia necesidad, de todo cuanto hizo, padeció y mereció, hizo gracia á su Esposa la Iglesia.

Pues con tales prendas, con tal padrino y tal fiador vamos muy confiados á presentarnos ante el trono de la divina misericordia. Dijo el patriarca Josef á sus hermanos (k): No veréis mi cara si no trajéredes á nuestro hermano Benjamin en vuestra compañía. Trajéronle consigo, y así fueron recibidos del con grande honra y fiesta por amor del hermano, que él mucho amaba. Hagamos pues cuenta que el Padre Eterno nos dice que no parezcamos ante él sin su amantísimo Hijo y hermano nuestro; y estémos confiados que llevándolo con nosotros, serémos muy bien recibidos del. Y tengamos este aviso, que nunca jamás abramos la boca para pedirle mercedes, que no se lo presentemos y las pidamos por él, como vemos que lo hace la Iglesia al fin de cada oracion. Porque esto es pedir en nombre de Cristo, así como él mismo nos lo manda. Y pues (como arriba dijimos) nuestra oracion debe ser perpetua, síguese que nunca se nos ha de caer del corazon y de la boca. Y no piense nadie que se importunará ó enfadará el Padre pidiéndole tantas veces mercedes por su Hijo: ántes si en él pudiera haber alegría nueva, la recibiera todas las veces que le pidiéramos mercedes por él. Mas aunque no es alegría nueva, no deja de haber en él; pero es, y fué siempre, y será eterna.

CAPITULO XXIII.

Fructo décimo séptimo del árbol de la Cruz: que es favor y socorro en las tentaciones.

No pueden faltar tentaciones en esta vida; pues toda ella se llama tentacion. Por lo cual así como se escribe (a), que los hijos de Israel iban armados cuando subian á conquistar la tierra de promision, así lo deben tambien ir los que desean ganar por armas la verdadera tierra de promision, que es la bienaventuranza de la gloria. Mas las armas desta milicia no son corporales, sino espirituales; porque para esta pelea mas nos sirven los ojos que las manos. Y no es de maravillar que pues hay serpientes que mirando matan, nosotros tambien mirando matemos las infernales serpientes; mas no á ellas, sino á aquella imágen de serpiente que Moises por mandamiento de Dios puso en el desierto en un lugar alto (b), para que cuando los hijos de Israel fuesen mordidos de las serpientes que en aquel lugar los herian y mataban, levantasen los ojos á mirar la imágen de aquella serpiente pintada, y luego sanarian. Pues cuando fuéremos acometidos de aquella antigua serpiente, pongamos los ojos en esta serpiente pintada, que es Cristo crucificado, pues parece en lo de fuera malhechor, estando tan léjos de serlo; porque esta vista nos defenderá.

La plática desto es, que cuando el hombre se sintiere tocado de algun mal pensamiento, luego con la mayor

(k) Genes. 45. (a) Num. 32. (b) Num. 21.

priesa que pudiere levante los ojos á considerar aquella tan lastimera figura que el Salvador tenia en la Cruz; haciendo cuenta que lo tiene delante de sí presente, y mirando aquel inocentísimo cuerpo de la manera que allí está, todo ensangrentado, descoyuntado, desfigurado, el rostro escupido y afeado, la cabeza atravesada con espinas, las espaldas rasgadas con azotes, y los ojos escurecidos con la presencia de la muerte; y despues que lo hubiere mirado en esta figura, acuértese que todo esto padesce aquel Señor para satisfacer por los pecados, y para desterrarlos del mundo; y considerando esto dígame: Señor mio, ¿que padeciédeses vos tan extraños tormentos para pagar por mis pecados, y mostrarme la graveza dellos, y que con todo eso tenga yo atrevimiento para pecar, y para hacer cosa cuyo remedio tan caro os costó! Nunca, plega á vuestra infinita misericordia, tal permitais, Señor; sino antes se abra la tierra y me trague, que yo tal ose cometer. Ayudadme, Señor mio y Redemptor mio, y no permitais que esa sangre preciosa haya sido derramada en balde por mí, y que venga á perderse lo que vos por tan caro precio comprastes.

Este es pues el mas común y mas eficaz remedio que tienen los siervos de Dios en sus tentaciones: el cual nos declaró el Salmista cuando dijo (*c*), que la piedra era refugio de los erizos; mas otra traslación en lugar de erizos pone liebres, las cuales hacen sus madrigueras en las concavidades de los peñascos, adonde se acogen con toda la lijereza posible cuando son acosadas de los galgos. Por la cual astucia cuenta Salomon este animal entre cuatro animales, que dice él ser mas sabios que todos los sabios (*d*). Y así despues de la hormiga, que es uno de los cuatro (porque sabe muy bien proveerse de un tiempo para otro), pone luego la liebre flaca, la cual hace su madriguera en los agujeros de la piedra. Pues ¿qué piedra es esta, sino Cristo nuestro Salvador en la Cruz, mas fuerte que todas las piedras para sufrir los tormentos della? Y ¿qué agujeros son estos, sino los de sus sacratísimas llagas, adonde corren y se guarecen las liebres, que son las ánimas temerosas de Dios, cuando se ven acosadas de aquellos perros infernales que las quieren tragar?

Este es remedio general para todos los acometimientos de nuestro adversario. Y no ménos se hallan remedios particulares en este árbol sagrado para todas las otras tentaciones de vicios particulares. Porque si fuéres tentado de ambición y soberbia, levanta los ojos y mira al Criador de los cielos, al Señor de los ángeles, al que es gloria de los bienaventurados, crucificado entre ladrones, diciendo con el Profeta (*e*): Yo soy gusano y no hombre, oprobrio de los hombres, y desecho del mundo. Si te acomete la escaseza del avaricia, y te aprieta las manos para dejar de socorrer á los pobres, mira la largueza de aquel Señor que está derramando cuanta sangre tiene para remedio de todas nuestras necesidades. Si la torpe lujuria quisiere enlazar tu corazón con la representación de sus falsos y halagüeños deleites, contempla los inmensos dolores que aquel inocentísimo cordero padece en todos sus miembros, por pagar por los deleites de los suyos. Si quisiere despedazar tu corazón la carcoma y polilla de la envidia, mira la grandeza de la caridad de aquel Señor que ofrece aquella vida que vale mas que todas las vidas criadas, por amigos y enemigos. Si el regalo de la gula te convidare con el gusto

(c) Psalm. 105. (d) Prov. 30. (e) Psalm. 21.

del comer y beber, mira el letuario con que sirvió el mundo al Señor dél en tan grande necesidad, cual nunca jamas fué dado á hombre por malo que fuese, que fué hiel y vinagre: la hiel ántes de la Cruz, y el vinagre en ella. Si la pasión de la furiosa y mal aconsejada ira te incitare á deseos de venganza, considera con cuánto silencio, con cuánta mansedumbre, con cuán admirable paciencia aquel inocentísimo cordero sufrió tantas maneras de injurias, sin abrir su boca, sino para rogar á su Padre por aquellos que tan cruelmente lo trataban. Si la accidia (que es tristeza y hastío de las virtudes y espirituales ejercicios) te entorpeciere para las cosas de tu salud, mira con cuánta promptitud y devoción se ofreció este Señor á sus enemigos, saliéndolos él mismo á recibir, para tratar de la tuya. ¿Ves luego cuán eficaces remedios tenemos en el árbol de la Cruz contra todas las tentaciones del enemigo?

CAPITULO XXIV.

Fructo décimotercero del árbol de la Cruz: que fueron victorias y triunfos de los sanctos mártires.

Una de las mayores glorias y testimonios que tiene la religion cristiana, es haber sido fundada y testificada con la sangre de tantos mártires; y no hay que dubdar sino que todos ellos cobraron grande esfuerzo con el ejemplo y virtud de la sancta Cruz. Porque dado caso que todos cuantos sanctos ha habido en el mundo (como ya dijimos) sean fructos deste árbol (porque por esto se escribe que el cordero celestial fué sacrificado desde el principio del mundo (*a*), porque desde entónces comenzó á obrar el mérito dél en todos los justos), mas particularmente los sanctos mártires fueron la fruta mas propia y mas sazónada deste árbol; porque no solo abrazaron la Cruz de Cristo con la mortificación de su carne, sino tambien con la muerte del cuerpo, y con la sangre que derramaron por la gloria del Señor, que por ellos derramó la suya. Ca es cierto que el mayor esfuerzo que los mártires tuvieron en sus batallas, fué poner los ojos en aquel altísimo Hijo de Dios puesto en la Cruz, padeciendo en su delicadísimo cuerpo y ánima los mayores dolores que jamas se padecieron, no por sí, sino por ellos. Porque con esta consideración, con este ejemplo, y con la fe viva deste misterio, muy alegre y esforzadamente se ofrecian á todos los tormentos que la crueldad ingeniosa de los tiranos, y el furor y rabia de los demonios podian inventar; y con este socorro salian de todo esto vencedores. Y por esta causa quiso este fuertísimo alférez que interviniessen en su sagrada Pasión tantas maneras de escarnios, de vituperios, de azotes, espinas, hofetadas, desnudez y desamparo de sus discípulos, y discursos de unos jueces á otros, y de tribunales á tribunales; porque para todas las diferencias de tormentos que los mártires padecian, hallasen en él ejemplos de paciencia para los suyos. Porque es cierto que así como la mayor gloria que tiene la Iglesia son las victorias de los mártires, que con su sangre la defendieron y fundaron; así uno de los principales respectos que el autor de nuestra salud tuvo en su Pasión, fué dejar á los mártires ejemplos de padecer, y merecerles fortaleza para padecer.

Sabía él tambien que la mayor gloria que los hombres podian dar á Dios, era serle tan leales y fieles, que ántes quisiesen ser despedazados, arrastrados y atormentados

(a) Apoc. 15.

con todos los tormentos que en un cuerpo humano se pueden ejecutar, que perder un punto de la obediencia y lealtad que le debian. Porque en todo el caudal de la naturaleza humana (aunque sea ayudada y fortalecida con todos los socorros de la gracia) no se halla otro mayor sacrificio que la criatura pueda ofrecer á su Criador, que este. Por lo cual no sin grande causa se ofreció el Salvador á tales tormentos por aliviar con ellos los destos fuertes guerreros. La figura desto precedió en aquel madero, que convirtió las aguas amargas en dulces (*b*). Porque pasado el mar Bermejo, anduvo tres dias el pueblo de Israel sin hallar agua, sino fué una tan amarga, que no se podia beber. Y fatigados con la sed, dieron voces á Moysen, diciendo: ¿Qué beberémos? Entónces hizo Moysen oración á Dios: el cual le mostró un cierto madero, y mandó que lo echase en las aguas, las cuales á la hora de amargas se hicieron dulces, de que bebió todo el pueblo. ¿Quién no ve aquí representada la virtud del madero de la sancta Cruz? ¿Qué proporcion tiene un madero seco para hacer esta mudanza, pues bastaba sola la palabra divina? Pues como todas las obras de Dios procedan de la fuente de su infinita sabiduría (la cual no hace cosa sin summo consejo), ¿qué otra cosa nos pudo aquí mas convenientemente figurar, que la virtud del madero de la Cruz, el cual hizo que las aguas amarguissimas de las tribulaciones de los mártires y de todos los otros sanctos, que con fuerzas humanas no se podian tragar, se bebiesen con grande suavidad, y lo que naturalmente era aborrecible, el poder de la divina gracia lo hiciese amable? ¿No vemos esto á la clara representado, no solo en muchos varones, sino tambien en muchas tiernas doncellas, que voluntariamente y con grande alegría se ofrecian á beber las amargas aguas de sus martirios, pareciéndoles muy suaves por la causa que las bebian?

§. I.

De las comunes maneras y mas principales con que Dios es en los suyos glorificado.

Mas para que mas claramente se vea cuánta gloria resultó de aquí á Dios, quiero declarar aquí las principales maneras en que los hombres lo pueden glorificar.

I. La primera y mas comun es la que se hace con voces de alabanza, cuando con salmos y himnos alabamos y glorificamos á nuestro Criador, como el sancto rey David lo ordenó en su tiempo, y de ahí adelante se continuó. La cual manera de honra pide nuestro Señor en el salmo 49, donde desechando los sacrificios antiguos de animales, pide este sacrificio de alabanza, diciendo: Ofrece á Dios sacrificio de alabanza, y cumple lo que al Altísimo tienes prometido; y llámame en el dia de la tribulación, y librárame he, y honrarme has. Y al fin del mismo salmo declara el fructo deste sacrificio, diciendo: El sacrificio de alabanza me honrará; y ahí está el camino por el cual enseñaré yo al hombre la salud de Dios (que es la salvación de su ánima).

II. Esta es la primera manera de honrar á Dios con palabras sanctas salidas del corazón. Hay otra manera mas excelente, que no es con palabras, sino con obras de virtud y religion. Con las cuales honra tambien el mismo David á Dios, cuando decia (*c*): Confesarme he, Señor, á tí, y alabarte he con la dirección de mi corazón, que es con la rectitud y pureza de mi ánima en que consiste la buena vida: con la cual mas altamente es

(b) Exod. 15. (c) Psalm. 118.

Dios honrado y glorificado. Y desta manera mandó el Señor á sus discípulos que glorificasen al Eterno Padre, diciendo (*d*): Resplandezca la luz de vuestra vida delante de los hombres, para que vistas vuestras buenas obras glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. Lo mismo aconseja Sant Pedro apóstol á los fieles de su tiempo (*e*), encomendándoles mucho esta vida religiosa, para que los que murmuraban dellos como de malhechores, considerando sus buenas obras glorificasen á Dios. Esta es la segunda manera de honrar á Dios con la buena vida; porque como esta sea obra de Dios, así como el que alaba la imágen del pintor alaba al maestro que la hizo, así el que trabaja por rectificar su vida, alaba y glorifica al autor principal della, que es Dios. Conforme á lo cual el profeta Esaiás (*f*) con mucha razón llama á los buenos, plantas que Dios plantó para ser por ellas glorificado.

III. La tercera manera mas alta de glorificar á Dios es esta misma: cuando levantándose contradicciones y persecuciones contra ella, todavía persevera el hombre fijo y constante en su buen propósito sin volver pié atrás. Porque este es como espada fina, que aunque el que la dobla junte la punta con la manzana, vuelve á estar tan derecha como ántes. Es tambien como un oro finísimo, que echado en el fuego, ninguna mudanza hace de lo que ántes era. Desta manera perseveraba el sancto Tobias (*g*) en las obras de misericordia que hacia, puesto caso que muchos le querian apartar dellas, poniéndole delante los peligros que de aquí se habian de recrecer.

IV. Mas porque entre todos los peligros de la vida, y entre todas las cosas terribles la postrera es la muerte (como Aristóteles dijo), de aquí procede otra mas alta manera de glorificar á Dios, que es la de aquellos que son tan fieles y leales á su Señor, y perseveran tan constantes en su servicio, que escogen ántes la muerte que hacer cosa que sea contra la lealtad y homenaje que le tienen prometido. En el cual cuento entran los sanctos mártires que consintieron en perder sus vidas por no perder la fe que debian á su legítimo Rey y Señor. Y que esta sea una muy alta manera de glorificar á Dios, declaró el amado Evangelista, cuando diciendo el Señor á Sant Pedro, que despues de viejo otro le ceñiria y llevaria donde él no quisiere (significando por estas palabras que habia de morir crucificado), añadió luego el Evangelista (*h*): Esto dijo el Señor, para significar con qué linaje de muerte aquel apóstol habia de glorificar á Dios. En las cuales palabras el Evangelista, no sin grande consideración, el morir en cruz llamó *glorificar á Dios*. Porque ¿con qué mas puede la naturaleza humana glorificar á este Señor, que con mostrar por la obra que le precia, y reverencia, y ama sobre todas las cosas, pues huelga de perder la vida y todos los otros bienes temporales que se poseen con ella por no quebrantar la fe y lealtad que le debe? Pues ¿qué queda al siervo fiel que hacer por la gloria de su Señor, despues que aquí ha llegado? Porque, como dice el Salvador (*i*), nadie tiene mayor caridad que el que pone la vida por sus amigos. A lo ménos no hay mayor señal de caridad que esta. Por lo cual con mucha razón el Evangelista el morir por Dios llamó *glorificar á Dios*.

V. No parece que sobre esta habia otra mas alta manera de glorificar á Dios. Pero como haya muchas ma-

(d) Matth. 5. (e) 1. Petr. 2. (f) Esai. 61. (g) Tob. 2. (h) Joan. 21. (i) Joan. 15.

neras de muertes, aquella le glorifica mas, en la cual se padescen mas crueles linajes de tormentos. Porque esto no es morir una sola muerte (como muere en un instante un hombre degollado), sino muchas muertes, y en mucho espacio de tiempo. Ca los tiranos no pretendian matar, sino quebrantar á fuerza de tormentos la fe de los santos mártires, para que así quedasen los mártires vivos y vencidos, y los tiranos vencedores. Mas ¿qué lengua podrá explicar las invenciones de crueldades y tormentos nunca vistos, con que estos ministros de Sathanas pretendian desquiciar de su fe á estos gloriosos caballeros? De los cuales escribe el bienaventurado mártir Cipriano contra un infamador de nuestra religion, diciendo así (k): A los inocentes, amigos y siervos de Dios echas de sus moradas, despojas de sus patrimonios, fatigas y aprietas con cadenas, encierras en cárceles, atormentas con fuego, con hierro, y con bestias fieras, despedazas sus cuerpos con largos tormentos, multiplicas las llagas de sus entrañas, y no se contenta tu crueldad y fiereza con los tormentos acostumbrados, sino busca la ingeniosa crueldad nuevas maneras de penas. Conforme á esto entre otras invenciones de crueldades escribe Eusebio (l) que en la persecucion de Diocleciano á muchos hiocaban cañas agudas entre las uñas de los dedos; á otros echaban plomo derretido por las espaldas; y á las mujeres metian asadores de palo tostado por sus miembros naturales, con que atravessaban sus secretas entrañas. Pero ¿qué haré, que me faltan palabras para contar tan abominables maldades? Mas no faltaba paciencia á los fortísimos y religiosísimos mártires para sufrir las invenciones de castigos que los prudentísimos y esclarecidos jueces hallaban, para poner en admiracion de su astuta sabiduría á los presentes, y espanto á las gentes venideras. Mas porque desta materia tratamos en otro lugar, al presente no haré mas que referir un pedazo de una divina carta que el santísimo obispo de la ciudad de Túmis, llamado Fileas, estando en la cárcel cargado de hierro, escribió á los fieles de su Iglesia para animarlos al martirio con ejemplo de los santos mártires que con él padescian.

Mas primero que refiera las palabras de su carta, diré algo de sus virtudes y nobleza. Pues este religioso pastor, como cuenta Eusebio (m), según la virtud del ánimo del cielo traia su clara generosidad; y quanto á la nobleza del mundo, decendia de los antiguos romanos, y en su república habia gozado de las principales y mas honoradas dignidades; lo cual acompañaba con grande sabiduría en todas las artes y ciencias; y sobre todo habia bebido la principal filosofía de la religion cristiana, de tal manera que hacia en ella ventaja á todos los que habian precedido. Y como quier que en la misma ciudad tenia muchos deudos y amigos nobles, fué presentado muchas veces al juez ántes de su condenacion, procurando y aconsejándole que oyese los importunos ruegos de sus parientes, y tuviese respecto á la viudez de su mujer, y horfandad de sus hijos, y no perseverase en la presumpcion comenzada. Pero él, sin moverse desechaba sus amonestaciones, como una grande roca despide las ondas de un pequeño arroyo, diciendo que su atencion tenia en el cielo, y á Dios representaba delante de sus ojos, y por tanto que no conocia otros deudos, sino á los santos apóstoles y mártires sus antecesores.

(k) Contr. Demetrianum, tom. 1. (l) Eocl. Histor. lib. 8, cap. 6.
(m) Euseb. lib. 8, cap. 4.

Estaba á la sazón presente un varón llamado Filorónomo, capitan del ejército de los romanos, el cual, como viese á Fileas combatido por la astucia del juez y por las lágrimas de sus deudos, que ni le daban, ni recibía dellos algun daño, á grandes voces dijo: ¿Para qué tentais en balde la constancia deste varón? ¿Cómo pensais hacer desleal á quien á Dios tiene hecho homenaje? ¿Cómo le podreis hacer negar á Dios por consentir á los hombres? ¿No mirais que ni sus orejas oyen vuestras palabras, ni sus ojos ven vuestras lágrimas? ¿Cómo puede ser enternecido con lágrimas carnales aquel cuyos ojos están fijos en el cielo? Oyendo el pueblo infiel tales palabras, demandaron al juez que Filorónomo fuese condenado juntamente con Fileas. De lo cual holgando el juez, á ambos condenó que fuesen degollados.

§. II.

Carta del santo obispo Fileas: crueldades de los tiranos, y fortaleza de los mártires.

Pues este tan señalado varón, en la carta que escribió á su amada esposa la iglesia de Túmis, despues del principio della dice así: De tan maravillosas labores nos fuéron dechados los santos mártires que juntamente padescieron con nosotros. Los cuales (según que por las sagradas Escrituras habian sido enseñados) ponian sus corazones y sus ojos en Dios, y por defension de su fe despreciaban sus vidas. Porque continuamente consideraban que nuestro Señor Jesu-Cristo, hecho por nosotros hombre, nos enseñó por su ejemplo, que sin desmayar peleamos hasta la muerte contra el pecado; pues él, competiéndole naturalmente la igualdad de la majestad de su Padre, se humilló por nosotros, tomando forma de siervo (n), y en figura humana le fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Cuyo ejemplo siguiendo los dichos mártires, recibieron tantas penas y fatigas por no amancillar la hermosura de su fe, y osadamente se oponian á los tiranos; porque la perfecta caridad que ardia en su pecho, despedía fuera el temor. Cuya fortaleza y sufrimiento, cuyo esfuerzo y constancia, si quisiese historiar, á mí faltarian fuerzas, y pareceria cosa increíble á quien no hubiese visto sus gloriosos triunfos. En público estaban puestos para cada uno que quisiese atormentarlos; y si alguno por su pasatiempo inventaba nuevos linajes de penas, le era lícito y honroso experimentarlos en ellos. Unos azotaban con mimbres, otros con látigos, teniéndolos á unos colgados de sogas, á otros atadas las manos y enaspados, donde juntamente descoyuntaban sus huesos y arañaban sus miembros. Raer sus carnes con rallos, tormento era viejo y liviano; y si por ventura á algunos se daba, no llegaban (como suelen á los ladrones y matadores de hombres) solamente los lados; mas el vientre, y los muslos, y las canillas de las piernas, y hasta las uñas de los pies: ni la cara y cabeza les quedaba sana. Y sobre toda crueldad añadan, que despues que los cuerpos humanos eran desollados con tanta inhumanidad, los dejaban en la plaza desnudos, no solamente de vestidos, mas de su propio cuero. ¡Horrible vista de quien los miraba! Algunos quedaban amarrados á columnas, los brazos torcidos; otros colgados de alto; y así estaban delante del mismo juez todo el día, no solamente el tiempo en que eran examinados, mas mientras que entendian los jueces en otros negocios, por ver si con el

(n) Phillip. 2.

dolor prolijo caerian de la firmeza de su propósito. Y quando ya se hartaban de ver sus cuerpos llagados, llevábanlos por los pies arrastrando á la cárcel, y puestos los pies en el cepo, todo el cuerpo tendian sobre cascotes de barro. Desta manera muchos perseverando constante y fuertemente hasta la muerte, hacian vergüenza á los curiosos inventores de tormentos. Algunos dellos en convalenciendo de las heridas, de su voluntad se ofrecian otra vez, y con sus carnes convidaban á los ministros de sus tormentos. Pero ellos, afrentados y espantados de ver su fortaleza, daban fin á la lucha, cortándoles las cabezas. Estas son las palabras del sagrado pontífice, y uno de los mártires cuya crónica escribia; porque con ellos fué degollado.

Pues ¿quién no se espantará por una parte de la fortaleza de los santos mártires, y por otra de las invenciones de tormentos que los hombres inspirados por los demonios inventaban contra los santos? Porque á no estar el demonio apoderado de sus ánimas, no era posible haber en corazon humano tal fiereza y crueldad. Mas es tan poderosa la divina gracia, que aun sobre esta tan extraña fortaleza de los santos tuvo mas que añadir, no tanto en la substancia de la pasion, cuanto en algunas circunstancias della. Porque muchos mártires hubo de tan maravillosa fortaleza, que ellos mismos sin ser acusados se ofrecian voluntariamente á los tormentos, para esforzar con su ejemplo á otros que padescian. Otros habia que perseveraban en ellos con un rostro esforzado y alegre, sin mostrar punto de flaqueza en medio de tan crueles tormentos. Otros (de que aun tengo mayor admiracion) hablaban con tanta libertad y osadía á los tiranos, reprehendiendo su crueldad, que con esto los embavecian y provocaban á inventar y multiplicar nuevos linajes de tormentos, así por vengar sus injurias, como por no quedar vencidos dellos. Con esta libertad (entre otros innumerables) habló Sant Lorenzo al emperador Decio, tratándole como á tirano; y Sant Vicente mártir á Daciano, desafiándole y diciéndole que comenzase á reventar con todo el furor del enemigo, que en su pecho moraba, y que en esta batalla veria por experiencia, que mas habia de poder él, siendo atormentado, que el tirano siendo atormentado. Y no salió en vano aquella gloriosa promesa; pues faltando ya las fuerzas á los atormentadores, finalmente dijo el tirano: Vencidos somos. Pues veamos agora ¿hasta dónde puede llegar mas la naturaleza humana, ayudada con abundante gracia en servicio de su Criador? ¿Con qué puede una criatura de carne y de sangre mostrar mas la fe, la lealtad, la reverencia, la obediencia y el amor que debe á su Dios, que con esta tan espantosa fortaleza? ¿Qué otro sacrificio mas agradable? ¿Qué otra ofrenda mas acepta se le puede ofrecer? ¿Con qué obra puede él ser mas glorificado, que con tener siervos tan leales, que toda la potencia del mundo armada con tanta fiereza de tormentos no pudiese hacer una pequeña mella en su fe? ¿Qué es esto sino imitar la fortaleza del fino diamante, el cual siendo martillado, ántes se entra él por el martillo, que el martillo por él? Pues muchos de los santos mártires no solo sufrían los golpes de los tormentos con paciencia, mas muchos los procuraban y abrazaban con alegría. Pues ¿qué cosa hay en el mundo con que los hombres puedan mas glorificar á su Criador? Callen los cielos y la tierra: calle el resplandor del sol, y de la luna, y de las estrellas; y aun

digo mas: calle la gloria que dan á Dios los ángeles, y los querubines, y serafines en comparacion desta. Porque ¿qué hicieron todos ellos mas que convertirse á Dios, y reconocerle por su Criador, y dador de todos sus bienes, sin tener carne rebelde que á esto contradijese? Y con solo esto alcanzaron perpetua corona de gloria. Y aunque en ellos resplandezca mas la bondad, la hermosura y omnipotencia del Criador, que tales criaturas pudo formar, mas esto fué pura gracia y dádiva de Dios sin trabajo y costa dellos; como quiera que en los mártires juntamente con la gracia intervino tan espantosa fortaleza y paciencia.

§. III.

Prosigue la misma materia con dos cartas del bienaventurado mártir Cipriano.

Pues enamorado el santo mártir Cipriano de la hermosura de las tales ánimas, con mucha razon exclama en una carta que escribe á unos santos mártires, diciendo así (o): ¿Con qué palabras os alabaré, fortísimos caballeros de Cristo? ¿Con qué pregones y voces engrandeceré la fortaleza de vuestro ánimo? Hasta el fin de la gloria sufristes durísimas cuestiones, y no fuistes vencidos de los tormentos, sino vencedores dellos. Vió la muchedumbre de los que presentes estaban esta celestial batalla; vió á los siervos de Cristo estar en ella con voz libre, con ánima sincera, con virtud divina, desnudos de las armas seglares; mas armados con las de la fe. Estuvieron los atormentados mas fuertes que sus atormentadores, y los miembros despedazados vencieron á los garfios de hierro que rompian sus carnes. Corria dellos la sangre preciosa que apagaba no ménos las llamas de la persecucion que las del infierno. ¡Oh cuán hermoso espectáculo fué este para Dios! ¡Cuán grande cuán alto, cuán precioso y agradable, cuán alegre se halló Cristo allí presente! ¡Cuán de voluntad peleó con ellos y venció! ¡Cuán poderosamente esforzó y animó á los fuertes guerreros, y confesores de su nombre! Porque el que una vez venció la muerte por nosotros, siempre vence en nosotros. Esta es la batalla de nuestra fe, en la cual peleamos, y vencemos, y somos coronados, denunciada por los profetas, y ejercitada en los santos apóstoles y mártires. Hasta aquí son palabras de Cipriano.

Y el mismo sancto en otra epístola escrita á otros santos que estaban presos para ser martirizados, dice así (p): Salúdoos, hermanos muy amados, de cuya presencia quisiera yo gozar; si la distancia del lugar no lo impidiera. Porque ¿qué cosa me pudiera suceder mas alegre y mas deseada que hallarme con vosotros, y abrazar esas manos puras y inocentes, que guardando la fe debida al Señor, desecharon el sacrilego servicio de los ídolos? ¿Qué cosa mas alegre ni mas alta que besar esas bocas, que con voces gloriosas confesaron al Señor? ¿Qué cosa mas dulce que verme presente á vuestros ojos, los cuales despreciado el siglo fuéron merecedores de ver á Dios? ¡Oh bienaventurada la cárcel que fué honrada con vuestra presencia! ¡Oh bienaventurada la cárcel que envía los hombres de Dios á Dios! ¡Oh tinieblas mas resplandecientes que el sol, dónde están agora los templos vivos de Dios, y los miembros santificados con la confesion divina! Saludo

(o) Lib. 2. Epistol. epist. 6. tom. 1. (p) Lib. 4. Epistol. epistol. 1. tom. 1.

también á las bienaventuradas mujeres que están en vuestra compañía, esclarecidas con la gloria de su confesion, las cuales guardando la fe á su Señor, siendo mas fuertes de lo que puede la condicion mujeril, no solo están vecinas á la corona, mas dan ejemplo de fortaleza á todas las otras. Y porque nada faltase á la gloria desa compañía, para que todos los estados y edades honrasen á su Criador, ayuntó la divina misericordia mo-chachos de poca edad á la gloria de vuestra confesion, representándonos lo que hicieron aquellos tres ilustres mozos (q) Ananias, Azarías y Misael, á los cuales en el horno de Babilonia tuvo reverencia el fuego, y dieron refrigerio las llamas. Hasta aquí son palabras de Cipriano. ¿Pues quién puede leer esto sin lágrimas? ¿Qué devoción hay tan muerta que no resucite, y despierte, y se maraville considerando esta tan grande fe, y lealtad, y reverencia de las criaturas para con su Criador? Esta es pues la verdadera gloria y honra que se le puede en este mundo dar, cuando estos valerosos guerreros tan alegre y esforzadamente se dejaron despedazar, por no dar la honra á él debida á su enemigo el demonio.

Mas ¿quién podrá contar la muchedumbre de personas de todos los estados, y edades, y condiciones que por esta causa padecieron? Porque como los emperadores romanos eran los autores desta maldad, y ellos tenían la monarquía del mundo, en todas las ciudades y provincias dél se publicaban sus crueles edictos, y así en todas ellas ardía el furor de los infieles, y se derramaba la sangre de los santos. Porque ¿qué menos se esperaba del demonio, viendo la guerra que le hacia el Evangelio de Cristo, destruyendo sus templos y altares? Un solo templo de Apolo, que el bienaventurado Sant Benito consagró á Cristo convirtiendo la gente comarcana á la fe, causó tan grande rabia en el demonio que allí era adorado, que le hizo dar voces al glorioso santo, diciendo: Benedicto, Benedicto? Y como el Santo no le respondiase, replicaba diciendo: No benedicto, sino maldicto, ¿por qué me persigues? Así que este maligno y furioso dragon, revestido en los corazones de los hombres, levantaba esta tan grande tempestad: la cual Dios convertía en mayor confusion de su enemigo, y mayor corona de los mártires, y mayor gloria de su santo nombre. Lo cual todo se debe á aquel Señor que padeció en la Cruz, cuya virtud y ejemplo fué el mayor esfuerzo y consuelo que los santos mártires tuvieron en sus tormentos, como parece por esta carta del santísimo obispo Filéas que agora acabamos de referir: donde dice que el ejemplo de su Señor por ellos crucificado los animaba á sufrir constantemente la cruz de sus martirios.

Concluyendo pues esta materia, digo que si el mayor sacrificio que los hombres podían ofrecer á Dios, era este de sus cuerpos despedazados por su obediencia; si esta era la mayor fineza y prueba de la virtud y lealtad que á la divina Majestad se debe; si esta era la obra de mayor merecimiento de cuantas un hombre puede hacer; si por esta obra era Dios mas honrado y glorificado, que por todas cuantas de una pura criatura se pueden esperar; si este era el encenso mas suave, y el holocausto y ofrenda mas agradable que se le podia ofrecer; y si los mártires que desta manera honraban á Dios, eran innumerables, como dijimos; ¿qué cosa mas digna del Hijo de Dios que haber él sido causa con el ejemplo y

(q) Danie. 3.

mérito de su Pasion desta tan grande y tan universal gloria del Padre soberano? ¿Qué cosa mas para desear, que con un solo dia de su Pasion ser causa de tantas y tan gloriosas pasiones, y que un solo dia de tormento fuese causa de tantos gozos eternos, y que un solo triunfo de la muerte fuese causa de tantos triunfos de hombres y mujeres, y de niños y vírgines, que tan gloriosamente triunfaron del mundo? ¿Cuán bien empleada muerte causadora de tantas vidas, y cuán dichosa ignominia causadora de tanta gloria, y cuán precioso grano de trigo, que caido en tierra, y muerto, tan maravillosos frutos dió! Y para decir lo que siento, yo confieso que esta lealtad, y fe, y constancia de los mártires, es de tan grande admiracion, y tan gloriosa para Dios, que aunque ningun otro fruto acarrear la venida y Pasion del Salvador, sino este, era muy bien empleado todo cuanto sobre esta demanda hizo, y padeció; de la cual tanta gloria resulta á la majestad de Dios, y tan grande corona á los mismos mártires. Verdad es que el Salmista dice (r), que los cielos predicán la gloria de Dios; mas ni los cielos, ni la tierra, ni la mar, ni todo lo que en ellos es, engrandescen tanto esta gloria, como la fe, y lealtad, y fortaleza de los mártires: la cual se entendió mas claramente cuando llegamos á tratar de la terribilidad de los tormentos con que los santos mártires fueron atormentados, y de la espantosa fe y constancia que tuvieron en ellos. Pues si solo este tan maravilloso fruto bastaba para tener por bien empleada la Pasion del Salvador, ¿cuánto mas juntándose con ella la destruicion de la idolatría, la vocacion de las gentes, la santificación de tantos millones de ánimas como por sus merecimientos fueron santificadas, junto con todos estos frutos del árbol de la Cruz, que aquí habemos referido?

CAPITULO XXV.

Fructo décimonono del árbol de la Cruz: que es haberse reducido por ella el mundo á la fe y obediencia de su legítimo Rey y Señor.

Quédanos otro fructo singular del árbol de la Cruz (al cual se ordenaban todos los que hasta aquí habemos referido), que es, haberse por ella reducido el mundo á la fe y obediencia de su legítimo y verdadero Rey y Señor, contra quien estaba levantado y rebelado. Para que mejor se entienda esto, conviene traer á la memoria una cosa de grande consideracion y devocion, que yo en otra parte traté, la cual es, que toda esta tan grande y admirable fábrica del mundo, con esa grandeza y muchedumbre de cielos y estrellas (cuya grandeza deja atónitos á todos los entendimientos), fué criada para solo el servicio y mantenimiento del hombre. Porque no era razon que fuese criada para los brutos, pues no tenían conocimiento de su Criador; ni tampoco para los ángeles, que son espíritus puros, y así ni tienen necesidad de lugar corporal donde estén, ni de manjares corporales con que se sustenten; y mucho menos para el Señor dellos, pues ab eterno estuvo por infinitos siglos sin el servicio deste mundo, y sería blasfemia decir que le faltaba entonces alguna gloria de la que tiene agora. Resta pues que para el servicio y mantenimiento del cuerpo humano fué criada esta gran casa real, y para él se gobierna siempre. De modo que el mundo fué criado para el hombre, mas el hombre para Dios, para que por el beneficio y orden de las criaturas (que fueron criadas

(r) Psalm. 18.

para su mantenimiento y servicio) conociese á su Criador, y le sirviese y amase como á tal. Donde de camino diré otra cosa (aunque no sirva tanto á este propósito), y es, que pues en tanto estimó Dios el cuerpo del hombre, que para su servicio hizo este tan grande y tan maravilloso teatro, y por él lo gobierna tantos mil años ha, no es mucho que por el bien de su ánima (que sin comparacion es mas noble que el cuerpo) bajase del cielo á la tierra, y gastase treinta y tres años en su remedio.

Mas tornando al propósito, siendo criado este mundo para servir al hombre, y el hombre para servir al Criador, cumpliendo el hombre con este oficio, todo el mundo estaba bien ordenado; porque permanecia en el estado y orden que Dios le puso cuando lo crió. Mas levantándose el hombre contra Dios, y haciéndose vasallo y siervo del demonio su enemigo, todo el mundo quedaba desordenado; pues las criaturas que habían de servir al amigo y Hijo de Dios, servían á su enemigo; y en tal caso no habia para qué haber mundo, pues no servía para el fin que Dios lo habia criado. Por esta causa decimos que levantándose y rebelando el hombre contra Dios, no solo él, mas todo el mundo quedó levantado y desordenado. Pongamos ejemplo. Claro está que si el gobernador de una provincia, puesto por un rey, se levanta contra él, y los súbditos le sirven y obedecen como á verdadero señor, y acompañan en sus armadas, con razon decimos que toda la provincia está levantada, pues obedesce y sirve al tiranno que se levantó. Constanos tambien que el hombre fué constituido por Dios por señor destas criaturas inferiores, como dice el Salmista (a): Todas las cosas, Señor, subjectastes á los pies del hombre, las ovejas, los bueyes y ganados del campo, las aves del aire, y los peces de la mar. Pues siendo este gobernador fiel y leal á Dios, todas las criaturas tambien lo son, porque sirven á quien Dios ordenó que sirviesen; mas por el contrario, si el hombre rebela, y es traidor y desleal contra el comun Señor, indignísima cosa es que las criaturas de Dios sirvan al traidor y enemigo de Dios; y cuanto es de su parte á todas hace traidoras y contrarias á Dios, pues sirven y militan debajo de la bandera de su capital enemigo. Y demas desto perseverando el mundo en este estado, no conseguia Dios el fin que pretendia cuando lo crió, que era su gloria por medio del hombre; y era mal empleada y sin propósito, así la creacion del mundo, como la gobernacion dél. Porque ¿para qué fin se habían de mover los cielos con tanta orden y compas, y fructificar la tierra, y correr las aguas, y obedecer los animales de la tierra, los peces de la mar, y las aves del aire, y servir el sol, la luna, las estrellas, y las lluvias, y rocío del cielo al hombre, si todo esto era proveer de vituallas y armas al deshonorador y enemigo de Dios, y aliado con el demonio su enemigo? Pues por esta causa no convenia á la gloria de la bondad y sabiduría de Dios, ni criar, ni gobernar al mundo, perseverando el hombre en ese estado; pues eso era sustentar su enemigo, y hacer guerra á sí mismo. De donde se infiere que reducido el hombre á la obediencia y servicio de su verdadero Rey y Señor, todo el mundo (como dijimos) queda reformado y puesto en la orden que el Criador le señaló. Y añadido á esto, que aunque en el mundo no hubiese mas que un hombre bueno, era muy bien empleado que toda la máquina del mundo perseverase en su curso, porque no faltase á un bueno lo necesario para su vida, aunque á cuenta dél

(a) Psalm. 8.

gozasen los malos destes beneficios; porque esto y mas se debe á la gloria y dignidad del bueno; pues vemos cuántos bienes hizo Dios á los hijos de Lot y de Esaú (b), aunque eran idolatras, por amor de sus predecesores. Y navegando el Apóstol en un navío de gentiles (c), y levantándose una brava tormenta (donde todos se tenían ya por perdidos), mandóle Dios decir por un ángel, que todos llegarían á salvamiento por amor dél. De manera que porque no pudiese un bueno, quiso el Señor que gozasen los malos del beneficio que á él se hacia. Pues resumiendo agora lo dicho, como por medio de la redempcion de Cristo haya habido, no un solo bueno, sino muchos millares de buenos en el mundo (como en el tratado pasado declaramos), con razon decimos que su venida fué reparacion del mundo, aunque no todo él sirve fielmente á su Criador; porque bastan los buenos que ha habido y hay en él, para que se diga que el mundo fué reformado por él; pues reducido el hombre á servicio de su Señor, todo el mundo fué reducido en él.

Por lo dicho parece claro no haber sido cosa indigna de aquella inmensa bondad hacer lo que hizo por el reparo deste tan grande y tan hermoso mundo que crió, que es por la salud de todos los siglos, presentes, pasados y venideros; porque á todos cupo parte deste remedio. Lo cual parecerá aun mas claro si consideráremos la dignidad del hombre; el cual aunque segun la condicion del cuerpo sea criatura tan baja, segun la dignidad del fin para que fué su ánima criada, no es menor que los ángeles, como adelante verémos.

CAPITULO XXVI.

Fructo vigésimo del árbol de la Cruz: que es la bienaventuranza de la gloria.

Quédanos agora por declarar el postrer fructo del árbol de la Cruz, que es la bienaventuranza de la gloria: á la cual (como á último fin) se ordenan todos los fructos de las virtudes que hasta aquí habemos referido. Porque todos ellos son como escalones por los cuales subimos á aquella celestial ciudad de Hierusalem. Conforme á lo cual dice el Salmista (a), hablando de los justos, que irán caminando de virtud en virtud hasta el Dios de los dioses en Sion.

Este tan gran bien es fructo del árbol de la Cruz, pues nos consta que así este grande bien como todos los demás que se ordenan á él, nos fueron concedidos por los méritos de Cristo nuestro Salvador, mediante el sacrificio de su Pasion. Lo cual testifica el Apóstol en la epístola escrita á los de Efeso, por estas memorables palabras (b): Bendito sea Dios, y el Padre de nuestro Señor Jesucristo; el cual nos bendijo por Cristo en todo género de bendiciones espirituales para que gozásemos en el cielo con él; así como por él nos escogió ántes de la creacion del mundo, para que fuésemos santos, y libres de toda mácula de pecado en su acatamiento mediante la caridad. El cual asimismo determinó de adoptarnos por hijos suyos por los méritos de su Hijo, segun el propósito y beneplácito de su voluntad, para gloria y alabanza de su gracia, por la cual nos hizo gratos á sí por medio de su amado Hijo; por el cual alcanzamos la redempcion y perdón de nuestros pecados. En las cuales palabras se ve cómo todos los bienes nos vinieron por este medianero, que el Padre Eterno tuvo por bien de darnos. De modo que por él alcanzamos la redempcion, por él la reconci-

(b) Deut. 2. (c) Act. 27. (a) Psalm 83. (b) Ephes. 1.